

Matteo Strukul

CASANOVA



LA SONATA DE LOS
CORAZONES ROTOS



Venecia, 1755. Después de diez largos años recorriendo Europa, Giacomo Casanova regresa finalmente a su ciudad natal y a la que siempre ha pertenecido su corazón. Pero esta agoniza en medio de la violencia y la miseria, lejos del brillo del pasado. El regreso de su joven más rebelde se convierte en todo un acontecimiento y, aclamado por sus habitantes, Casanova no desperdicia ocasión alguna para llamar la atención entre nobles y gentes de la corte.

Muy pronto, la condesa austriaca Margarethe von Steinberg le lanza un desafío: seducir a la jovencísima Francesca Erizzo antes de que contraiga matrimonio. Un reto que el célebre seductor acepta sin prever los sentimientos que la joven Francesca despertarán en él ni el peligro que se esconde detrás de ese aparente juego cortesano. Porque las altas instancias de la ciudad solo tienen un objetivo: acabar con Casanova antes de que se convierta en una auténtica amenaza para los intereses de la República de Venecia.

Índice de contenido

Primera parte. El amor

1. El juego del ahorcado
2. Regreso a Venecia
3. El inquisidor general
4. La condesa
5. Zago
6. El lienzo del destino
7. Francesca
8. Una fiesta de máscaras
9. Preparativos
10. Los Diez
11. La fiesta
12. El demonio y el color cobalto
13. Un joven impertinente
14. La primera carta
15. Vergüenza
16. La respuesta
17. Hacia un duelo
18. Un maremágnum de emociones
19. Al ponerse el sol
20. El juego
21. San Marcos

Segunda parte. La condena

22. Pesadilla
23. Pájaro de mal agüero
24. Juguetes rotos
25. El interrogatorio
26. Goldoni en el teatro
27. Averiguaciones

28. Una trama peligrosa
 29. Las implicaciones de una apuesta
 30. Tormento y codicia
 31. Besos y sombras
 32. El almacén
 33. Amanecer de esperanza
 34. Amargura
 35. La noche sonrío a los malvados
 36. El encuentro
 37. Rendición de cuentas
 38. Acusaciones
 39. Noche de plomo
 40. Gretchen
 41. La esencia misma del mal
- Tercera parte. La venganza
42. La celda
 43. Conversando de política
 44. Los piombi
 45. La desesperación
 46. Revelaciones
 47. El plan
 48. La fuga
 49. Precauciones
 50. Palacio Ducal
 51. Santa Maria del Rosario
 52. Alle Campane
 53. El camino del Terraglio
- Cuarta parte. El espía
54. Bolzano
 55. Las últimas palabras
 56. Sin piedad

57. Cuando todo parece perdido
Epílogo. (Noviembre de 1756)

58. Hungría
Nota del autor
Agradecimientos
Sobre el autor

*A Silvia...
y a mi amado Véneto*

PRIMERA PARTE

EL AMOR
(junio-julio de 1755)

1

El juego del ahorcado

El león alado en un extremo. San Teodoro en el otro.

La muchedumbre gritó furibunda. Una marea creciente y exacerbada de rabia, compuesta de rostros sucios y miserables, caras deformadas por las muecas y las risas de burla, ojos perfilados y narices empolvadas. Comerciantes, caldereros, posaderos y perfumistas, sirvientes y camareros, putas, ricos señores y damas de rostro candoroso, por no mencionar a mendigos, carniceros e incluso niños: todos iguales, por una vez; todos preparados para no perderse ni un instante del tétrico e irresistible espectáculo.

El condenado se hallaba ante ellos, de pie en la tarima. Alguno levantó los puños hacia el cielo; algún otro clamó su propio disgusto.

Blancas bandadas de gaviotas gritaban sus intrincadas letanías por encima de la horca. Anticipaban ya el sabor de la comida, el absoluto gozo de aquello en lo que se convertiría ese hombre: basura y mierda.

El condenado tenía los ojos muy abiertos: las lágrimas le recorrían las mejillas y le impregnaban la cara mugrienta de mocos y barro. A su espalda, las góndolas ejecutaban una danza macabra en la laguna de San Marcos; a su derecha, más allá del gentío vociferante, se alzaban las arcadas blancas del Palacio Ducal.

El sol de primavera se meció distraídamente, virando a naranja, para luego sumergirse en el lago, incendiándolo como ámbar líquido. El condenado desvió la vista a un la-

do. En una mesa baja vio el recipiente de hierro que contenía las tenazas marrones, goteando sangre. En un charco rojo afloraban unos dientes.

Los suyos.

Habría querido escupir, pero la boca permanecía sellada en una suave esfera de carne mientras la lengua recorría, desesperada, los huecos que habían dejado las piezas arrancadas.

El miedo le devoraba el alma. Deseaba gritar, pero hacía rato que le faltaba el aire. En su lugar, una piedra oscura le cortaba la respiración.

El muñón palpitaba rabioso. El dolor irradiaba en oleadas que le desgarraban la carne como arpones: desde la muñeca hasta el hombro, y después al resto del cuerpo.

Cuando le cercenaron la mano, un barbero junto con unos policías le habían taponado lo que le quedaba de brazo con una vaina hecha de cerdo para impedir que muriera desangrado.

No de inmediato, por lo menos.

La soga ya le tiraba sobre la nuca, impaciente, y parecía recordarle lo que vendría a continuación. Vio a los inquisidores generales observarlo en silencio desde el palco recubierto de negro: los labios sellados, los ojos como hendiduras similares a heridas de cuchillo.

Lo miraban con reprobación, como pájaros de mal agüero.

Antorchas, braseros y cabos de velas lamían con lenguas escarlata el aire que iba oscureciéndose bajo el cobre del atardecer.

El inquisidor rojo bajó la cabeza en señal de asentimiento. Alzó la mano.

El verdugo procedió a empujar la barra de madera. La muchedumbre bramó de júbilo.

El condenado oyó el siniestro chirrido de los dientes del engranaje, marcando los momentos de su muerte.

La cuerda se tensó. El condenado perdió el soporte.

El nudo le cortó el aliento. Las piernas patalearon en el vacío. Mientras ante sus ojos el mundo se deformaba en un carnaval de muerte, se llevó la única mano a la cuerda.

Emitió un grito sordo. Vio el muñón en la funda de cerdo agitarse en el aire, ajeno a él.

Elevándose, izado por la soga, todo su cuerpo se agitaba desesperadamente intentando volver a poner los pies en el suelo.

Las puntas de sus botas danzaron en el aire. Los últimos espasmos lo hicieron temblar.

Notó el olor podrido de la laguna, que le subía por última vez por la garganta, pero ya era demasiado tarde. Venecia acababa de arrancarle la vida y ahora estaba allí, como la puta que era, viéndolo agonizar, succionándole los últimos suspiros de vida.

Hasta que quedó tieso, inmóvil, con los ojos ya vítreos.
Ahorcado.

En la plazuela de San Marcos.

2

Regreso a Venecia

El largo cabello de color carbón le caía sobre el rostro en mechones desordenados y brillantes. Los ojos, en parte ocultos tras un rizo rebelde, relampagueaban con un irreverente matiz aguamarina y revelaban una energía nada común. Una sonrisa blanca le cortaba la cara mientras permanecía cómodamente sentado frente a una mesita de madera.

Jugeteaba con un *gato*, una copa de cristal, sin decidirse a probar el malvasía de tonos claros que acababan de servirle.

Ubicada en el distrito de San Polo, en las proximidades de Rialto, la Cantina Do Mori no era ciertamente el mejor *bacaro* de Venecia: al contrario, gozaba de pésima fama, frecuentada como solía por matones y aventureros de la peor calaña. Sin embargo, resultaba ser la taberna más antigua de la ciudad y había un hecho en el que todos coincidían: allí se servían los mejores vinos de la Serenísima. El *gato de vin* del Do Mori no conocía parangón.

Además, poseía otra característica que la hacía única: gozaba de dos oportunas entradas, una desde la calle Do Mori, la otra desde la calle Galeazza. Y puesto que Casanova era como era, la doble entrada, o mejor dicho, la doble salida, era de lo más útil que le podía pedir a un *bacaro*.

Un par de barriles de madera a modo de mesa, unas sillas de anea y un largo mostrador de roble completaban un establecimiento sencillo y sin pretensiones que reflejaba

genuinamente el carácter del posadero, Marco Spinazzi: un hombretón de aspecto correoso y con una coleta alquitranada que parecía salido de la cocina de un barco pirata.

Sin embargo, aquella tarde los clientes del Do Mori tenían un tema de conversación muy distinto, más allá de las bondades del vino o la fortuna adversa que parecían haber precipitado a Venecia en el período más oscuro y complejo de su extraordinaria historia. Ya que —era un hecho— algunos de ellos conocían la fama del hombre de larga cabellera que hacía poco había entrado y que en ese momento se había decidido a acercarse el *gato de'vin* a los labios.

Y justo porque conocían su fama, eran también conscientes de que su regreso tan solo podía traer desgracias.

Algunos, disimuladamente, le dedicaban miradas de reojo.

Llevaba una magnífica levita marrón sobre un elegante chaleco y una camisa de encaje con mangas abullonadas. En los pies lucía unas botas de cuero reluciente. No usaba peluca y se había recogido la melena con un lazo negro de terciopelo.

Aventurero, seductor, espadachín y cabalista, aquel hombre se movía como pez en el agua entre desafíos y duelos, vicios y engaños. Su nombre era sinónimo de problemas, y cruzar una mirada de más con él podía resultar fatal.

Si los clientes de la taberna hubieran sabido lo que les aguardaba poco después, se hubieran volatilizado al instante.

Pero no fue así la cosa. Lo que ocurrió fue tan solo culpa del destino esquivo y de la única criatura que podría haber vencido, en cuanto a desventura, incluso a aquel campeón absoluto.

Tal criatura era una mujer. De gran belleza, por añadidura.

Cuando entró fue como si de repente se hubiera levantado una ráfaga de viento. Su hermosura era tan llamativa que resultaba incluso divertido ver cómo desafiaba a los que tenía alrededor. Portaba un vestido verde esmeralda que realzaba, por contraste, su espléndido cabello castaño, recogido en un peinado sofisticado, pero al mismo tiempo discreto, que subrayaba los destellos de color chocolate. Sus mórbidos labios rojos parecían fruncirse de modo natural en una sonrisa, y la mirada revelaba una despreocupada inteligencia que la hacía resultar de inmediato deseable.

El posadero levantó imperceptiblemente los ojos hacia el techo, presagiando un sinfín de quebrantos, que no tardaron en llegar.

Un hombre con una peluca blanca y mirada arrogante, que desde hacía un rato estaba conversando con un par de compadres, no tardó en romper el hechizo.

—Vaya, parece que no toda la clientela son hombres y muchachos, ¿no es así, Marco? —Y al decirlo dirigió un guiño de complicidad al propietario, que se cuidó mucho de responder.

Después, tranquilizado por aquel silencio, el hombre prosiguió:

—Señora mía, soy el caballero Andrea Zanon, y os ruego que me consideréis a partir de este mismo momento vuestro humilde servidor. Cualquier cosa que necesitéis, os lo ruego, no dudéis en pedírmelo.

La mujer lo atravesó con una mirada chispeante, como si ya esperara aquel tipo de bienvenida. Luego, en silencio, observó por un instante a los otros clientes de la taberna, haciendo relucir sus iris grises. Por fin contestó:

—Gentil caballero, me llamo Gretchen Fassnauer y estoy al servicio de la condesa Margarethe von Steinberg. Estoy buscando a alguien con quien mi señora quiere conversar.

Las palabras se mecieron en las notas lánguidas de una voz grave, revelando un óptimo italiano con marcado acen-

to austríaco. Zanon tosió nerviosamente y avanzó hacia ella, sacando pecho.

—¡Pero bueno! ¡Qué magnífica noticia! —dijo—. Entonces si me permitís un consejo, sugeriría que busquemos juntos a esa persona. Venecia es un laberinto tal, que una mujer elegante, pero no familiarizada con la ciudad, se arriesgaría a perderse sin un guía.

A pesar de que el caballero lo intentaba todo para resultar amable y considerado, la voz le salió desagradable y untuosa. La mujer no pareció darse por enterada y se limitó a sonreír.

—Gracias —indicó con un tono no exento de malicia—, pero sé perfectamente dónde buscar.

Zanon fingió no haberlo oído y se acercó a ella con ademanes vulgares.

Los clientes del *bacaro* habían permanecido expectantes, deslumbrados por la aparición de Gretchen, un acontecimiento más estrafalario que otra cosa: jamás la Cantina Do Mori habría podido presentarse como el lugar adecuado para las gracias de una dama. Y, además, extranjera. Sin embargo, a pesar de lo que la etiqueta y la conveniencia aconsejaban, eso era precisamente lo que estaba sucediendo en aquel momento. Conscientes de la extravagancia, todos parecían contener el aliento para ver de qué modo iba a terminar todo, como si el caballero Zanon en su intento de grosera aproximación reflejara, en el fondo, el deseo general.

El único que no parecía impresionado con la escena era el gentilhomme de cabellera negra. Estaba acabando su malvasía, recreándose en el aroma y tomándose todo el tiempo, puesto que el vino significaba un gran placer para él. Se limitó a sonreír bajo su melena.

—Pues bien —la urgió Zanon—, decidnos quién es la persona merecedora de vuestras atenciones y de las de vuestra condesa.

Una vez más, en su voz se traslució un deje de mofa, mezclada con impaciencia mal disimulada, tras lo cual puso de manera descarada su mano débil e hinchada sobre la de ella, magnífica. Se arrodilló y, llevándosela a los labios, besó la piel blanca de alabastro, más tiempo de lo que hubiera sido conveniente.

Esta vez Gretchen no sonrió. Hizo amago de liberarse, pero no lo consiguió: Zanon la retenía por la muñeca. Y le estaba haciendo daño.

—¡Valor, amigos míos! —dijo el caballero, volviéndose hacia sus dos compadres—. ¿Por qué no le mostramos a esta amable señora el arte de andar por los callejones?

Los dos estallaron en una risotada desmadejada.

Gretchen, visiblemente molesta, esbozó un gesto de desprecio.

—¡Dejadme en paz! —exclamó—. Busco al señor Giacomo Casanova. No he venido por vosotros. Sé de cierto que puedo encontrarlo aquí.

Zanon se quedó de piedra. Conocía ese nombre y no entraba en la categoría de los que se podían pronunciar a la ligera.

Como si no esperara otra cosa, el gentilhomme de larga cabellera negra dejó la copa y se levantó de la silla. Después, se dirigió hacia Zanon, tratándolo con cierta sorna.

—Señor, os aconsejo que soltéis la mano de la muchacha.

El tipo parecía no creer lo que estaba oyendo. ¿Quién era ese hombre que se consideraba en situación de darle órdenes?

—¿Y si no lo hago?

—Lo veréis enseguida.

—Estoy a vuestra dispo...

Zanon no logró terminar la frase.

El hombre de la cabellera negra le atizó un bofetón en plena cara. El caballero sintió que la mano enguantada le